

Cien días no son suficientes

Los últimos días del hambre

JULIANA MUÑOZ TORO

Planeta, Bogotá, 2018, 175 pp.

Los últimos días del hambre es la primera botella que Juliana Muñoz Toro lanza al mar de la novela. La autora, reconocida por su pericia y sus triunfos en la literatura infantil y juvenil, entre ellos el Concurso Internacional de Escritura Tragaluz 2016, presenta en este libro la historia sobre lo que ella misma ha enunciado en entrevistas y en una columna de su autoría como el método con el que se curó de la bulimia: llevar un diario de cien días evitando los atracones y el vómito, y retomando en caso de eventuales recaídas hasta cumplir con el objetivo de no vomitar nunca más. Escrita cuatro veces con el objetivo, según Muñoz Toro, de decantar la experiencia personal y convertirla en ficción pura, el resultado final es un texto que deja bastantes sinsabores a pesar de no hablar de otra cosa que de comida.

El principal problema es que la autora, así como el resumen de la contraportada y el de las librerías, nos dice que la novela está “escrita a manera de diario”, pero cuando me adentro en la lectura tropiezo con un formato más bien sospechoso: una narradora artificial, incluso impostada, que trata de lucirse con datos históricos, bíblicos y artísticos, y juegos de palabras sobre el vómito, el hambre y las relaciones que establecemos con la comida, cosa que no solo es desacertada al decidirse por el diario como herramienta narrativa, sino poco creíble. La sensación de intimidad que debería impregnar el contenido de un texto de este tipo brilla por su ausencia. Las metáforas forzadas, los diálogos escasos en espontaneidad y la sensación de que quien narra no lo hace desde la vivencia y la expresión de sus emociones más personales, sino procurando tomar toda la distancia posible de sí y utilizando hasta el cansancio figuras que rayan en lo irrisorio, dificultan que se establezca un vínculo de camaradería con quien lee. Como mujer de su misma generación y presa de los mismos estereotipos sobre

los que Muñoz Toro se queja —pero que no problematiza en su texto, por cierto—, esperaba conectar en algún punto de los cien días, incluyendo las dos recaídas que dan inicio de nuevo al conteo, pero me fue imposible.

A la artificialidad en el tratamiento del diario se suman algunos detalles que terminaron de estropearme la experiencia de lectura: el primero de ellos, el desacierto de usar como título para cada una de las entradas del diario el nombre de una comida en relación con su contenido, y el segundo, para rematar, es el exceso de comparaciones y metáforas asociadas con la alimentación. La nota editorial de contraportada, que califica la novela como “cruda y divertida”, resulta ser un eufemismo para la larga lista de momentos incómodos durante la lectura en los que incluso me preguntaba por qué quien editó este texto no se dio a la tarea de pulir detalles que impiden alcanzar un mínimo de profundidad. Al leer pasajes como: “Deberían ser cien, el número de días que duró el último periodo de Napoleón. Digo Napoleón y alucino con ese succulento postre de capas de hojaldre y crema pastelera. Digo cien y me gusta lo redondo de la cuenta” (p. 14), me pregunto cuál es el propósito de la autora con este recurso. Si se trataba de hacer explícita su obsesión con la comida, la verdad es que para comprenderlo basta con saber que nos encontramos ante una bulímica cuya terapeuta piensa que no tiene remedio. En síntesis, a esta novela le sobran elaboraciones que se pasan de concretas, resultan risibles y llenan de estupor al lector; y le falta trabajo en la construcción de imágenes más vaporosas que permitan conectar con las emociones vitales resultantes de la experiencia del personaje central.

Es una pena que la protagonista creada por Muñoz Toro haya resultado tan difusa, pues sin duda tuvo entre manos, en algún punto de las cuatro reescrituras que afirma haberle dado al texto antes de publicarlo, una historia con potencial. Dado que no es novedoso señalar a los medios de comunicación y a la sociedad como responsables del desasosiego que en ocasiones experimentamos las mujeres en relación con nuestros cuerpos, hay material de sobra al respecto; lo que no sobra (y por ello mi insatisfacción

como lectora) son relatos honestos y generosos con sus lectores, que nos dejen comprender y conectar en los efectos que pueden ejercer sobre nosotros los diversos estereotipos que circulan en la vida cotidiana y que, en lugar de banalizar los efectos al no problematizar las causas, construyan un relato trascendental, ya sea desde la experiencia o desde la imaginación. Se supone que esta novela contiene una experiencia verdadera, pero no siempre verdad equivale a sinceridad.

Muñoz Toro afirma haber escrito esta obra como un recurso para salvarse de su hambre infinita, pero no parece haber reparado lo suficiente en el apetito de sus lectores, que sin duda querríamos hincarle el diente mucho más a la carne de esta joven enferma y quejumbrosa para descubrir qué hay bajo la piel. La literatura, más que un cúmulo de historias insólitas y detalles vergonzosos, es un hilo conector de la humanidad y nos permite establecer, entre otras cosas, vínculos de empatía, por lo que sostengo —y pienso que no estoy sola en el mundo en esta afirmación— que debe aspirar a la posibilidad de lo universal. En ese sentido, debe ser honesta, cruda, descarnada, y comprender que las fronteras de la ficción, aunque borrosas, requieren que lo plasmado en una historia apele no estrictamente a ser real, pero sí a un sentido de realidad —que no de verosimilitud—, lo cual por desgracia no ocurre ni con la joven protagonista, ni con su terapeuta, ni con sus padres tan opacos, ni con sus amigos del Club de los Glotones, con esos apodos graciosos (Tragaperros, Blanquito, etcétera) que no nos dejan ver más allá de un decálogo de la anormalidad.

Lamento que la autora haya perdido una oportunidad valiosa para hablar sobre los trastornos alimentarios, un tema aún por agotar en la literatura colombiana y que nos puede remitir, desde la experiencia femenina, a análisis posteriores sobre las condiciones del entorno que dispararon, desde más o menos la década de los noventa del siglo pasado, una epidemia de adolescentes, jóvenes y mujeres adultas en pugna constante por el control del tamaño de sus cuerpos, y que aún no se detiene. Mi intuición como lectora me indica que en esta historia hay una obsesión fallida de la autora por borrar

a sí misma de la novela y solaparse en los pliegues de la ficción que despoja de humanidad y credibilidad a su protagonista y a los personajes. Sin embargo, es curioso que Muñoz Toro se esfuerce en resaltar que la novela es fruto de su experiencia personal; afirma no ser “ella”, pero la vemos agazapada todo el tiempo allí, y eso incomoda y en últimas arruina la lectura. En este esfuerzo por esconderse, irremediamente desgarrar el tejido narrativo, lo cual es una lástima, porque los ingredientes en sí mismos (la experiencia de la autora, los detalles históricos en relación con la comida que se tomó el trabajo de rastrear para poner en diálogo con el relato, e incluso la existencia de un lugar como el Club de los Glotones, ya sea este real o imaginado) tienen el potencial de integrarse en una historia fascinante más allá de la estructura del diario fallido que nos encontramos en *Los últimos días...* Por supuesto, no pretendo decir que la autobiografía es la solución a los problemas técnicos de esta historia; lo que ocurre es que la autora manosea de más la experiencia como materia prima, exprimiéndole la vitalidad y dejándonos a los lectores migajas con poca sustancia.

Lina Rojas Camargo